

LECTIO DIVINA

VIERNES SANTO

CICLO -C-

15 DE ABRIL DE 2022

JESÚS ABANDONADO

**HABLA LA PALABRA:
¿QUIÉN?**

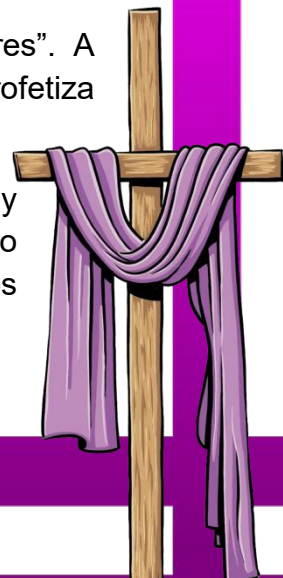


La historia de Jesús parece terminar en el Gólgota, en ese siniestro «lugar de la calavera». Jesús es despojado de lo último que le queda, de sus ropas, del resto de su dignidad, y sufre la suerte de los rebeldes y de los asesinos, se encuentra entre ellos (cf. Is. 53,9). Todo el mal y el pecado del mundo caen sobre él desfigurándolo y destrozándolo por completo (cf. Is. 53,5).

La Liturgia de la Palabra del Viernes Santo está centrada en la Cruz, o mejor dicho, en el Crucificado: ¿quién es el que está clavado en la Cruz?

“Quién soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores”. A quién “nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado”, profetiza Isaías.

Quien “a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer, y llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que lo obedecen en autor de salvación eterna”, nos señala la carta a los Hebreos.



Quien, en la cruz, “sabiendo que todo había llegado a su término”, inclinando la cabeza, entregó su espíritu”, como narra el final del largo relato de la Pasión según san Juan.

El «buen ladrón»

Cuando Jesús está en la cruz tiene que sufrir las burlas de la gente del pueblo, que dice: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz» (Mt. 27,40s; Mc 15,29s).

Los miembros del sanedrín insisten en el mismo argumento: «¿No es el rey de Israel?; que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora» (Mt. 27,42s; Mc. 15,31s; Lc. 23,35).

También los soldados romanos se burlan de él (cf. Lc. 23,36). Incluso quienes fueron crucificados a su lado repiten palabras parecidas: «¿No eres tú el mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc. 23,39; Mc. 15,32).

Mateo y Marcos denominan a los que fueron crucificados con Jesús «*lestes*» (palabra griega que en español traducimos por ‘bandidos’, (Mt. 27,38; Mc.15,27). Es el mismo término que Juan usa para hablar de Barrabás (Jn 18,40).

Por lo tanto, la condena de los que tradicionalmente llamamos «ladrones» no es por haber robado, sino por haberse levantado contra el poder romano, como en el caso de Barrabás. En ese caso se comprende que Jesús fuera crucificado con ellos, ya que también fue acusado de falso rey y de sedicioso contra el poder romano.

Uno de los condenados intuye que la condena de Jesús es injusta, ya



que él no era violento ni tenía que ver con los grupos a los que ellos pertenecían. Por eso le suplica: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc. 23,42). A lo que Jesús responde: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»

(Lc. 23,43).



Si ese bandido era un judío piadoso, quizás hablaba del reino escatológico, que el mesías de Dios establecería al final de los tiempos. El caso es que Jesús le responde anunciándole que participará de su reino «hoy», el mismo día de su muerte.

Los evangelios no nos transmiten otras palabras que pudieran cruzarse los dos crucificados pero estas siguen resonando en el corazón de los creyentes, que confían en la misericordia de Jesús, aunque se sientan pecadores e indignos de su gracia. Así, en la historia del cristianismo, Dimas (el nombre que la tradición ha dado al «buen ladrón») se ha convertido en modelo de una esperanza más fuerte que todos los razonamientos y fracasos.



Santa Teresa de Lisieux experimentó que el hombre no se salva por sus buenas obras, sino por el amor de Cristo y encontró en Dimas un ejemplo paradigmático. Ella, que oró con tanta intensidad por algunos grandes pecadores de su época, encontró en la escena del «buen ladrón» un motivo para seguir esperando. Incluso escribe una recreación piadosa en la que Dimas es la excusa para exponer sus ideas. En ella afirma: «Esos que amas ofenderán al Dios que les ha colmado de beneficios; sin embargo, ten confianza en la misericordia infinita de Dios; ella es lo suficientemente grande para borrar los más grandes crímenes [...]. Jesús morirá para dar la vida a Dimas y este entrará el mismo día que el Hijo de Dios en su reino celestial».

Una preciosa oración de la Liturgia de las horas recoge estos sentimientos y dice así: «Señor Jesucristo, que, colgado en la cruz, diste al ladrón arrepentido el reino eterno, míranos a nosotros, que, como él, confesamos nuestras culpas, y concédenos poder entrar también, como él, después de la muerte, en el paraíso. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos».



***Murió por nuestros
pecados,***

según las Escrituras

Parece natural que Jesús muera, porque la muerte forma parte de la existencia del hombre. Todo cambia cuando comprendemos que el que muere en el Calvario es el Hijo de Dios, entre las burlas de sus enemigos, que le increpaban: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt. 27,40). Como no



bajó, pensaron que moría abandonado de Dios, por lo que sus pretensiones mesiánicas quedaban truncadas. Esto exigió un enorme esfuerzo de interpretación del acontecimiento y de su significado, por parte de la primera generación cristiana.

Según el Antiguo Testamento, el Mesías debía triunfar. Aparentemente, la cruz es ruptura con las Escrituras. Para comprender el plan salvador de Dios, se tuvo que releer la Biblia con ojos nuevos.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, que empezando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que decían las Escrituras sobre la pasión del mesías (cf. Lc. 24,26-27), los discípulos se sirvieron de algunos pasajes bíblicos para interpretarla. Especialmente del sacrificio de Isaac, la muerte violenta de los profetas, los cánticos del Siervo de Yahvé en el libro de *Isaías*, los sufrimientos del justo en el libro de la *Sabiduría* y algunos salmos (como el 22 [21], el 69 [68], y el 109 [108]).



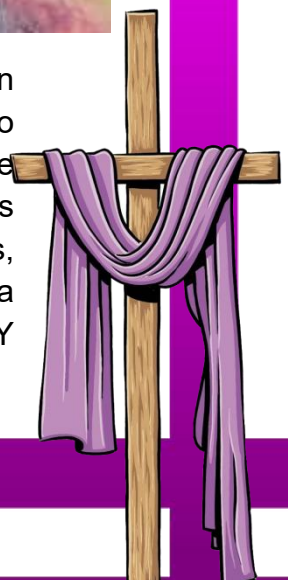
San Pablo, dentro de este proceso de reflexión, afirmó que «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras» (1ª Cor. 15,3). En el Credo se recogieron estas dos afirmaciones sobre la muerte de Cristo: que lo hizo según las Escrituras (es decir, cumpliendo un proyecto eterno de

Dios) y que fue por nuestros pecados (a causa de nuestros pecados y para perdonarlos).

Yo estaba allí

Muchos conocen el espiritual negro que canta: «*Were you there when they crucified my Lord? Oh, sometimes it causes me to tremble*». (Que significa: '¿Estabas tú allí cuando crucificaron al Señor?').

Estamos tan acostumbrados a analizar los textos bíblicos hablando de los géneros literarios y del contexto socio-cultural, de la historia de las formas y de las redacciones... y podemos olvidar que fueron escritos con intención de interpelar a los lectores. Pero nosotros somos creyentes, no historiadores que hablan con la mayor neutralidad posible sobre lo que dicen las fuentes acerca de un acontecimiento lejano en el tiempo. Por es importante recordar que esos textos se dirigen a cada uno de nosotros, son Palabra de Dios para mí, aquí y ahora. Así que volvamos a la pregunta del canto: «¿Estabas tú allí cuando crucificaron al Señor?» Y



no respondamos demasiado rápidamente que la pregunta es anacrónica.

Por el contrario, estamos ante una pregunta actual, que pide una respuesta teológica (¿Qué significa que yo estaba o no estaba junto a la cruz de Jesús?) y vivencial (¿Yo estaba allí presente, sí o no?).

San Pablo afirma que este es «el gran misterio de nuestra fe» (1Tim 3,16): que Jesús murió por nosotros, «por nuestros pecados» (Rom 4,25; 1Cor 15,3). Lo dice más claro san Pedro: «¡Vosotros crucificasteis a Jesús!» (Hch 2,23). Y añade que «estas palabras les traspasaron el corazón» (Hch 2,37).

Eso querría yo, que la Palabra de Dios hoy traspasara nuestro corazón y que tocara lo más íntimo de nuestras entrañas. Me resulta demasiado fácil decir como Poncio Pilato: «¡Yo soy inocente de la sangre de este hombre!» (Mt 27,24). Pero debo tomar conciencia de que cuando digo que «Jesús murió por nuestros pecados» estoy diciendo que «¡mis pecados mataron a Jesús!», «¡yo lo maté!». No lo hicieron los judíos ni los romanos, sino yo, mis pecados.



Lo deja muy claro la carta a los *Hebreos*, cuando afirma que los que vuelven a pecar después del bautismo (o sea, yo) «vuelven a crucificar al Hijo de Dios y lo exponen al escarnio» (Heb 6,6). Es una acusación dura e incómoda. Por eso es más cómodo hablar del pasado, de los otros, sin implicarme demasiado.

Pero en realidad todos estábamos allí. Estábamos con Pilato (¿éramos Pilato?) desinteresándonos del sufrimiento del Justo. Estábamos con la chusma (¿éramos la chusma?) que se reía del fracaso ajeno y despreciaba al débil.

Estábamos con el mal ladrón (¿éramos el mal ladrón?) que se quejaba de su mala suerte y era incapaz de comprender el sufrimiento del vecino. Estábamos con el soldado que le ofreció vinagre para su sed (¿éramos el soldado del vinagre?), que despreció al débil y quiso reírse de él. Allí estábamos todos, si es verdad que Cristo, «cargado con nuestros pecados, subió al leño» (1Pe 2,24).



Todo lo dicho es verdad, pero no es toda la verdad. Santa Teresa de Jesús dice que siempre



tenemos que trabajar para conocernos mejor a nosotros mismos, para dar luz a los rincones más oscuros de nuestra persona, aunque este proceso a veces sea doloroso. Pero también enseña que ese esfuerzo puede crear frustraciones y escrúpulos si no va acompañado por el verdadero conocimiento de Cristo. Mirando en nuestro interior, encontramos el pecado; mirando a los ojos de Cristo, descubrimos la misericordia.

Hemos recordado que «Jesús murió por nuestros pecados» (Rom 4,25). No debemos olvidar que, a continuación, san Pablo añade que «fue resucitado para nuestra justificación»; es decir: para darnos el perdón. Por eso dice en otro lugar que «Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo» (Ef 2,4s).



Si esto es así (como lo es) tenemos que pensar en otra manera de presencia junto a la cruz del Señor. Recordemos que, en su vida mortal, él no solo pidió por sus discípulos, sino también «por aquellos que por su testimonio, creerán en mí» (Jn. 17,20). Jesús pensó en nosotros (en cada uno de nosotros) antes de morir y pensó en nosotros en el momento de la muerte. Él dice hoy a cada uno de nosotros: «Eres precioso para mí y yo te amo. Aunque no hubiera nadie más que tú sobre la tierra, igualmente me habría encarnado e igualmente habría entregado mi vida por ti».

La canción inicial preguntaba: «¿Estabas tú allí cuando crucificaron al Señor?».Y añadía: «A veces ese pensamiento me hace temblar». Reflexionando en lo que hemos visto, verdaderamente deberíamos temblar. Pero no por la vergüenza, sino por el agradecimiento; no por el miedo, sino por la admiración que nos despierta tanta gracia. Esto sí que debería «traspasar nuestros corazones» y convertirlos definitivamente.



HABLA EL CORAZÓN: ¿POR QUÉ?

En el largo relato de la pasión, el apóstol Juan, no se ha atrevido a poner el fortísimo grito de Jesús en la cruz que aparece en los relatos de Marcos y Mateo, cuando exclama: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Un abandono real para la humanidad de Jesús, porque Dios le deja en su estado sin intervenir. Abandono irreal para su divinidad porque

Jesús, siendo Dios, es Uno con el Padre y con el Espíritu Santo.

“Midiendo todo el mal de volver la espalda a Dios contenido en el pecado, Cristo mediante la profundidad divina de la unión filial con el Padre, percibe de un modo humanamente inexplicable este sufrimiento que es la separación, el rechazo del Padre, la ruptura con Dios” (S. Juan Pablo II. Salvifici Doloris, 18).

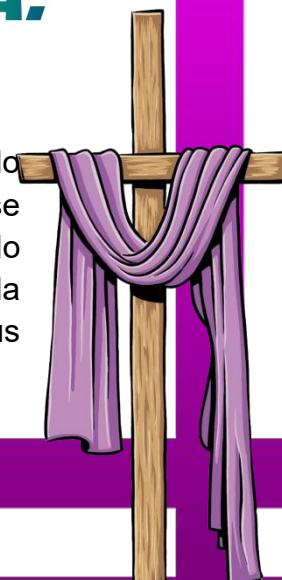
Y es entonces en este dolor-amor de la pasión, de la soledad de Jesús, de su dolor físico pero sobre todo de su dolor espiritual, en la experiencia de sentirse completamente abandonado, y clavado en la cruz, como Dios ha vencido todo el mal: sólo el ha podido llenar todo vacío, iluminar toda tiniebla, borrar todo pecado, acompañar toda soledad. También todos mis vacíos, mis oscuridades, mis pecados y mi soledad.

Porque, como explica san Ireneo, tuvo que “hacer suyo” todo eso para salvarlo, tuvo que asumirlo, que sufrirlo, que experimentarlo, tuvo que bajar a los infiernos para rescatarnos del infierno.



HABLA LA VIDA: ¿PARA QUÉ?

Chiara Lubich, con 20 años, habiendo dejado a sus padres en las montañas, se había quedado en Trento (Italia) cuando empezaron los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, y con ella sus



mejores amigas, para asistir a los enfermos y mutilados y aliviar a todos.

Una de sus compañeras se contagió por la falta de higiene del hospital de campaña y su fiebre amenazaba su supervivencia. Al llegar el sacerdote para administrarle la Unción de los Enfermos, Chiara le preguntó: “¿cuándo Jesús sufrió más en su pasión?”. El sacerdote la contestó que, a su parecer, en su grito de abandono en la cruz. Juntas, alrededor de la enferma, consagraron su vida a Jesús Crucificado y Abandonado.

A partir de aquel momento descubrieron que estaba en todas partes, esperando ser abrazado y salvado, porque, sin duda, Él resultaba ser: para el mudo, la palabra, para quien no sabe, la respuesta; para el ciego, la luz; para el sordo, la voz; para el cansado, el descanso;

para el desesperado, la esperanza; para el hambriento, la saciedad; para el iluso, la realidad; para el traicionado, la fidelidad; para el fracasado, la victoria; para el miedoso, la valentía; para el vacilante, la seguridad; para el extraño, la normalidad; para el solo, el encuentro; para el separado, la unidad; para el inútil, lo único que es útil. El descartado se sentía elegido. Jesús Abandonado era para el inquieto, la paz; para el refugiado, la casa; para el excluido, la compañía”.

DISPONERSE / PRESTATU



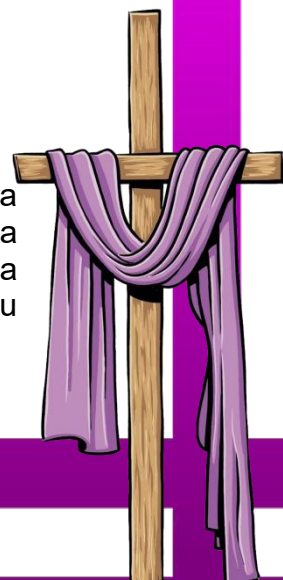
+ En nuestra oscuridad,
enciende la llama de tu amor, Señor,
de tu amor, Señor.

LEER / IRAKURRI ¿QUÉ DICE? / ZE ESATEN DAU?

+ **Lee el texto: Jn. 18 - 19**

+ Lee reposadamente la Pasión de Cristo según san Juan.

+ “E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”. De esta forma sobria anuncia el evangelio de san Juan la muerte de Jesús. “Todo se ha cumplido”. Es la hora del Hijo del Hombre. El final del Vía-Crucis. La consecuencia de una vida. El misterio de la encarnación que llega a su plenitud.



+ El relato de la Pasión nos introduce en el camino del Hijo de Dios; con Él subimos al Calvario. Jesús quiere compartir con nosotros la entrega de la vida, porque quiere hacernos partícipes de los frutos de esta entrega. La unión con el Cristo sufriente nos identifica con Él. En su sufrimiento y en su muerte están todos los sufrimientos de la humanidad, todas nuestras muertes. Cristo en la cruz da luz y sentido a nuestro vivir y a nuestro morir.



+ Jesús, en Getsemaní, y ante los servidores de los sumos sacerdotes pregunta: ¿"A quién buscáis?". Es la misma pregunta que nos hace hoy a cada uno de nosotros: ¿a quién buscamos?. La respuesta es la misma que en el Huerto de los Olivos: "A Jesús, el Nazareno".

Sí, buscamos a Jesús, a aquel que anuncia el Reino de Dios, al que realiza signos que hacen presente un mundo nuevo; buscamos al que habla con autoridad, al que se acerca al hombre para curar sus heridas y aliviarlo en sus fatigas. Buscamos al Jesús de las bienaventuranzas y al del Tabor; buscamos al Mesías esperado. Y Jesús, nos sigue contestando: "Yo soy... Os he dicho que soy yo".

+ Ese Jesús que buscamos es el que contemplamos en la Pasión "sin figura, sin belleza", aquel que "desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano". Jesús nos está invitando a reconocerlo en su Pasión y en su Muerte.

+ Jesús llega a la cruz libre y voluntariamente. A Cristo no le quitan la vida, la entrega. El cántico del Siervo de Yahvé anuncia a Cristo y el sentido de su muerte. Cristo murió por nuestros pecados, murió para salvarnos. Nuestras faltas nos llevaron hasta la muerte, pero Él cargando con el mal de la humanidad, nos ha devuelto la vida para la que fuimos creados. "Sus heridas nos han curado". La muerte de Cristo es la que da sentido a su existencia que es una existencia para los demás.



+ Si buscamos el por qué de la muerte de Cristo sólo lo encontraremos en un "por quién". Cristo murió por nosotros y por nuestra salvación. Cumple la misión para la que ha venido al mundo: Jesús es el Salvador del mundo. Sólo en Él hay salvación.

+ La Liturgia del Viernes Santo nos invita a contemplar y adorar la Cruz de Cristo. "Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo". El paso por la cruz es siempre doloroso. La cruz sola no tiene sentido. Lo que da sentido a la cruz es el Crucificado. Con Cristo, la cruz se convierte en un signo de amor que da sentido a todos los sufrimientos.



+ La Cruz no es un fracaso porque el que ama nunca fracasa. Jesús no ha fracasado porque es amado. La cruz nos enseña cómo hemos de amar, porque ella es escuela del verdadero amor. La cruz es signo de amor entregado. La cruz se levanta para anunciar que al mundo no lo salvan los poderosos, sino el amor de Dios. Para el mundo la cruz es un escándalo, para nosotros, los cristianos, es signo de salvación.



+ En el mundo, junto a la cruz del Señor, se han plantado muchas cruces a lo largo de la historia. Pero esta cruz, la de Cristo, es la que ilumina todas las demás. Cristo se ha hecho solidario con toda la humanidad, y muy especialmente por los que pasan por la prueba del dolor. Cristo es el hermano que nos auxilia en nuestras necesidades.

ESCUCHAR / ENTZUN

¿QUÉ ME DICE? / ZE ESATEN DEUST?

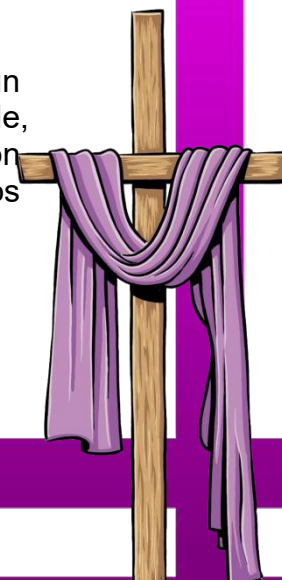


+ Ante Cristo en la Cruz, es momento de serenarse en el Señor, de llegar a valorar la crisis como circunstancia favorable para adorar al único Dios y creer en el despojamiento necesario para purificar la intención de todo lo que realizamos.

+ La muerte es una realidad que no podemos evitar. Está presente en cada momento de nuestra vida: el dolor, el fracaso, la incompreensión... son realidades amargas de las que todos tenemos experiencia. Cristo las sufrió primero.

+ Veinte siglos después de que Caifás profetizara “conviene que uno muera por el pueblo”, otros Caifás siguen sentenciando “conviene mantener en la ignorancia, en la miseria, en la guerra... a pueblos enteros para salvar la economía, nuestro nivel de vida, nuestro prestigio...”

+ La Pasión y Muerte del Señor que celebramos los cristianos es un acontecimiento presente y actual. Lo que hicieron con Jesús aquella tarde, lo seguimos haciendo cada día. Con otras espinas, con otros clavos, con otras cruces... Jesús sigue siendo crucificado. No podemos cerrar los ojos a la realidad.



ORAR / OTOITZ EGIN

¿QUÉ LE DIGO? / ZE ESANGO DEUTSAT?



¿Cómo quejarme, Jesús, de mis pies cansados cuando veo los tuyos destrozados?

¿Cómo mostrarte mis manos vacías, cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad, cuando en la Cruz alzado y sólo estás?

¿Cómo explicarte que no tengo amor, cuando tienes rasgado el corazón?

Sólo pido, Señor, no pedirte nada, estar aquí, junto a tu imagen muerta

+ Contempla a Cristo, el Siervo de Yahvé. Jesús sufre la muerte para salvar a todos. Este es el gran escándalo, que la muerte de millones de personas sea decretada por unos pocos y que asistamos inalterables a esta situación.

+ Cristo tiene muchos falsos seguidores que lo buscan sólo por sus milagros, pero ÉL no se deja engañar y hoy te dice: “el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí”.

+ Presenta ante la Cruz de Cristo todos los dolores, sufrimientos y cruces del mundo y los tuyos. Acompaña a Jesús en su Pasión y a tus hermanos en el sufrimiento y el dolor.

+ Contempla lo que hacen o dicen, no hacen o dejan de hacer, los distintos personas que “desfilan” en la Pasión de Cristo. ¿Te ves reflejado en ellos?, ¿cómo?



VIVIR / BIZI *¿A QUÉ ME COMPROMETE? / ZERTARA KONPROMETITZEN NAU?*

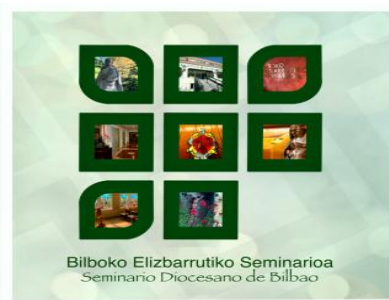
+ Ante la contemplación de la muerte de Cristo descubre tus límites, tu impotencia, tu fragilidad... Presenta a Jesús tu realidad y deja que Él actúe.

+ Es momento de centrar la mirada en el Señor, y agradecer el momento de la prueba, porque gracias a ella descubrimos pliegues ocultos en nuestro interior con los que convivimos inconscientemente.



+ Agradece hoy a Jesús todo lo que ha hecho y hace por ti y ante tu realidad haz tuyo este pensamiento de Santa Teresa: "... y así procura Él fortalecer nuestra flaqueza para poderle imitar en el mucho padecer. Los que más cercanos estuvieron a Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos:

miremos los que pasó su gloriosa Madre".



BILBOKO ELIZBARRUTIKO SEMINARIOA

SEMINARIO DIOCESANO DE BILBAO

